

DISCURSO CONTESTACIÓN

DEL

ACADÉMICO DIRECTOR D. TEODORO DE SAN ROMAN

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES:

SRES. ACADÉMICOS:

RESPECTABLE AUDITORIO:

Días de regocijo espiritual y plena satisfacción son estas solemnidades académicas, en las que, *lejos del mundanal ruido*, se rinde sincero homenaje al que consagra sus esfuerzos intelectuales en beneficio de la cultura patria. Mas en el momento actual—por esa fatal ley del contraste que a menudo se registra en el correr de la existencia humana—hay una nota luctuosa que viene a mediatizar este acto; triste nota que no dimana, como pudiera creerse, de que la vacante que ocupa el recipiendario haya sido ocasionada por la muerte; afortunadamente no es así: es el recuerdo desconsolador de que en la última sesión solemne, celebrada por idéntico motivo al que hoy nos congrega, fué presidida por el que era nuestro amantísimo Prelado, verdadero padre de sus feligreses, todo bondad, todo dulzura, que atraía el alma de cuantos le trataron, honor del episcopado y en especial de esta Sede Primada, cuya muerte llenó de luto a la católica España y singularmente a nuestra Academia, a la que honró siendo Académico Honorario. No he de hacer yo su apología, porque aparte de que habría de empequeñecer su memoria, grabados están sus merecimientos y virtudes en los fastos de sus Pontificados y en su brillante actuación antes de empuñar el báculo pastoral. Muy presente tengo aquel día de temperatura glacial, en el que durante las dos horas que invirtió el acto no dió muestra de la menor impaciencia, sino todo lo contrario: su atención reflejaba su angelical carácter y discreta condescendencia. Esta Academia, por mi conducto, cumple el penosísimo deber

de consagrar el más fervoroso recuerdo, envuelto en piadosa oración, al Emmo. Sr. Cardenal Reig y Casanova. ¡Que la luz eterna brille sobre él!

Cumplida esta triste obligación, reanudo el comienzo de este discurso, repitiendo que estos actos llevan al ánimo la más pura de las satisfacciones y el más placentero deleite; y tanto más se acrecienta la alegría, cuando, como en el momento actual y en otros, se franquean las puertas de esta Casa a los que con ánimo repleto de entusiasmo y con gran bagaje científico vienen a vigorizar y prestar calor a los que, como a mí, va faltando la energía necesaria para el trabajo.

Singular complacencia experimento yo, especialmente, en tales ocasiones, porque habiendo sido siempre mi objeto predilecto la juventud estudiosa y conservando todavía devoción a la misión docente, me sirven aquéllas para tonificar el espíritu, a la manera de los específicos que la terapéutica recomienda para vigorizar el organismo físico, ya que una ley inflexible me declaró incapacitado para seguir enseñando.

El nuevo académico que hoy toma posesión de la plaza de numerario—pues ya era nuestro Correspondiente—(y a quien en nombre de la Academia doy la bienvenida, acompañada de un abrazo fraternal, que así es el espaldarazo con el cual se ingresa en este Capítulo de investigación histórica), no necesita ser presentado, porque si bien es cierto que, como él ha dicho, lleva pocos años en esta ciudad, su labor en el aula, exploraciones arqueológicas y trabajos publicados en ese sentido, le han dado a conocer bien pronto en esta provincia.

Vió la luz primera en la capital de la Rioja. Cursó la primera enseñanza en una escuela municipal, regida por un benemérito maestro, D. Eugenio Martínez, el cual descubrió en su pequeño discípulo condiciones especiales para el estudio; y a éste no se hubiera podido dedicar, por su condición humilde, a no ser porque el Ayuntamiento de Logroño acordó premiar al niño más aplicado e inteligente de las escuelas con algo más práctico que una medalla o una caja de dulces. Y, al efecto, dispuso costear los estudios, que se hiciesen sin salir de la capital, al muchacho que, mediante oposición, demostrara más aptitud y conocimientos. El tribunal, por unanimidad, propuso para el premio al pequeño opositor, Ismael del Pan. Más tarde, a petición de éste, el Municipio le concedió una pensión para libros, matrículas, etc., en las

asignaturas del bachillerato. El estudiante no fué gravoso a su Concejo, porque en casi todas las asignaturas obtuvo matrículas de honor y premio extraordinario en el Grado de Bachiller. Mediante concurso de comparación con otros pensionados municipales, el Ayuntamiento de Logroño le costeó la carrera de Ciencias naturales, que hubo de seguir en Madrid. Como la pensión era exigua, pues con 750 pesetas al año no podía sostenerse en la corte y atender al pago de matrículas y libros, huelga decir que trabajó cuanto le fué dable, a fin de conseguir matrículas de honor, porque éstas, además de proporcionarle un galardón, aumentaban su escaso peculio.

En 1911 se licenció, con nota de sobresaliente, en la sección de Ciencias Naturales, pasando a ser Ayudante becario en el Museo Nacional de aquella rama del saber. Al poco tiempo, se anunciaron oposiciones a las cátedras de Historia Natural de los Institutos de Cáceres y Zamora, y como resultado de las mismas fué propuesto, por unanimidad, para la del Instituto extremeño, cuando contaba veintidós años de edad. Casi en seguida fué agregado, por Real orden, al Museo de Ciencias Naturales, encargándosele de cursos prácticos de Geología y de Paleontología. En 1918, se graduó de Doctor, cuyo trabajo doctrinal mereció elogios en el extranjero. Además de correspondiente de la Real Academia de la Historia, lo es de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas; publicando trabajos que han sido declarados de mérito por la Real Academia de Ciencias, como también ha sido laureado en Juegos Florales y Certámenes.

D. Ismael del Pan y Fernández, es un carácter: con decir que nuestro nuevo compañero no ha tenido juventud, está hecha su semblanza. El Sr. del Pan, que ha nacido y vive en una época de frivolidad y frenético egoísmo, de ficción y torpe lisonja, traducidos en banquete por semana; época en que el feminismo ha traspasado los linderos de la masculinidad y arropa su desnudez con las exigencias de la moda, y el sexo fuerte se empeña en enervar sus facultades, abusando de brevajes que conspiran a su degeneración; época en que la población escolar busca, en pleno curso, medios de esquivar el estudio para intercambiar visitas, no ya con carácter científico y prácticas docentes, sino por mero recreo y pasatiempo, siendo un remedo de las *tunas carnavalescas*; época en que al hombre rectilíneo, que no transige con corruptelas ni torpes convencionalismos, se le hace el vacío, se le

tacha de raro y se le considera un ogro, etc., etc.: nuestro compañero, sin embargo, no ha emponzoñado su espíritu en ese ambiente superficial y casquivano, no se ha contaminado con esa atmósfera mefítica. Nacido en la comarca de los antiguos vascones y berones, campean en él los rasgos de tenacidad y constancia de aquellas tribus iberas, poniéndolas a contribución del estudio.

Conocí al Sr. del Pan hace nueve años, por cierto, en un estadio de lucha, pero no vayáis a creer que en una lucha greco-romana al uso, ¡qué sarcasmo! fué en un pugilato de la inteligencia, en una contienda de noble emulación, en que lejos de demostrarse a dónde llega la fuerza bruta y el empuje del hombre que se equipa a las bestias, se aquilataba el esfuerzo intelectual, el alcance del estudio, se evidenciaba cuál de los contendientes iba más allá en la investigación científica. Mi patrocinado dejó el pabellón bien puesto. ¡Con qué delectación contemplaba yo aquel certamen de potencia intelectual, en que una brillante juventud se disputaba lealmente la recompensa, sin ruidos ni alharacas, sin esa expectación inconsciente de las muchedumbres! Muy pocos, en verdad, éramos los espectadores; y la Prensa, que llenaba sendas columnas de sus diarios para referir qué equipo había vencido en el fútbol, quién había tenido más puños en el boxeo y, por tanto, quién sabía machacar mejor con sus golpes al contendiente, o qué diestro taurino descabellaba mejor y merecía la oreja por su formidable tarea, apenas tomó nota de aquel torneo del talento.

Desde el Instituto de Cáceres, fué trasladado por concurso el Sr. del Pan al de Toledo. ¡Qué contraste, señores! el ingreso de este catedrático en nuestro Centro docente de 2.^a Enseñanza, coincidía, con poca diferencia de tiempo, con mi salida del mismo, por haber sido jubilado; y allá, en el silencio de mi hogar, mientras yo devoraba la amargura que me produjera la forzosa separación de mis queridos compañeros y discípulos, veía el cumplimiento de esa ley ineludible de la existencia humana, en armonía con la física de la impenetrabilidad de los cuerpos, en que la generación que viene después de la nuestra nos empuja para que la dejemos un hueco, y, por tanto, se hace forzoso que los seres que han cumplido su misión, abandonen el espacio que ocupaban para que otros le disfruten.

Nada se perdió en el cambio, sino todo lo contrario: a la caducidad siguió la lozanía, al cansancio el impulso de la actividad; y bien supo el Claustro de profesores acoger con satisfacción a su

nuevo compañero, porque lejos de ser nota discordante en el concierto de amor al trabajo y ferviente culto al deber profesional, que tanto enaltece a los dignísimos maestros de dicho Establecimiento (a los cuales envió desde aquí un cariñoso saludo) es un nuevo factor que aumenta los valores que integran aquella ilustre Corporación.

Por la interesante disertación que acabáis de escuchar, habréis visto la especialidad de los estudios a que se consagra el nuevo académico, y qué buen servicio podrá prestar a nuestra Academia en este importante ramo de las Ciencias Históricas, dentro de los fines que informan nuestros estatutos.

Toledo, que inspira singular admiración en el mundo civilizado, como síntesis de la historia nacional y relicario del arte, no carece de interés en cuanto se refiere a su vida primitiva. Las exploraciones practicadas por D. Ismael del Pan y sus nuevos hallazgos arqueológico-prehistóricos vienen a confirmar la existencia del hombre antediluviano en la región carpetana, y como dice el nuevo académico: «Toledo ha sido teatro de las vicisitudes más diversas de la prehistoria española». Tenemos, pues, un espacioso campo para espigar los frutos que el cultivo de la protohistoria y de la etnología proporcionan. Y no se diga menos del *folklore*, saber popular, que sintetiza las creencias, supersticiones, cantares, leyendas, pensamientos, preocupaciones, fiestas, etcétera, dándonos a conocer la vida íntima de un pueblo.

Por mi parte, nada puedo añadir, ni siquiera glosar, a lo expuesto por el Sr. del Pan en el eruditísimo discurso con que ha deleitado nuestra atención, no ya sólo por mi incompetencia cuanto por el temor de dislocar, digámoslo así, la estructura de su trabajo y los factores que le componen; si lo intentase, haría lo que el niño a quien se entrega una rosa, que en vez de aspirar su fragancia deshoja sus pétalos y destruye la hermosa flor. Pero ateniéndome al ritual prescrito para estos casos, perdonad torture vuestra paciencia, breves instantes, haciendo ligeras consideraciones sobre los estudios llamados prehistóricos.

¿Qué es *prehistoria*? Si nos atenemos a su etimología latina, significa lo anterior a la historia, es decir, a la existencia del hombre, puesto que historia es la vida de la humanidad. La prehistoria parece que debe referirse a la historia de nuestro planeta, o lo que es igual, a la geogenia y geología, porque no se explica que antes de la vida del hombre haya nada que con él

se relacione. Hay quien da más latitud a la palabra prehistoria, queriendo significar aquel período primitivo de la existencia humana en que los hechos no llevan el sello de la certeza histórica, por ir oscurecidos y falseados por la fábula y tradiciones mitológicas; para ellos el comienzo de la historia data del nacimiento del testimonio histórico, o lo que es lo mismo, cuando los hombres empezaron a consignar sus hechos en cualquier clase de documentos. Siempre he entendido que la palabra más adecuada, precisa y de verdadera significación, es la de *protohistoria*, para expresar todo cuanto dice relación a la vida primitiva de la humanidad; es decir, el primer capítulo de la historia, conforme con su etimología griega.

Es la protohistoria una rama desprendida de la geología, formando parte de la ciencia antropológica; es como la historia natural de la especie humana. Los restos del hombre primitivo y de su actividad hay que buscarlos en el seno de la Tierra, la cual es nuestra madre, pues de ella salimos; y los estratos o capas de la corteza terrestre son las hojas de un libro que registra la infancia de nuestra estirpe, su desenvolvimiento primordial.

Suma importancia tienen tales estudios, cuyo objeto es investigar la antigüedad del hombre, su manera de ser y vivir, en una palabra, las condiciones de existencia de la humanidad primitiva. El hombre, en su ansia de saber, constantemente se ha preocupado de penetrar en su origen. Los genios de todas las edades, lo mismo en la antigua Grecia que en Roma, y posteriormente, han empleado sus esfuerzos buscando la solución de tan interesante problema, por más que al abismarse en las profundidades de lo desconocido hayan enmarañado la primitiva historia, cuajándola de fábulas y mitos. Y haciendo aplicación de estos buceos a nuestra región, no hay para qué detenerse en los extravíos de Alcocer y el Conde de Mora, al investigar el origen ancestral de Toledo, como apunta el Sr. del Pan. Nuestro historiador Sr. Martín Gamero, aunque alejado del carácter científico de nuestros días en aquellas investigaciones, sentó el primer jalón para tales estudios. Los avances en ese sentido, se deben a esa ilustre legión, de la que forma parte el Sr. del Pan, integrada por Obermaier, Hernández Pacheco, Werner, Fernández Navarro, Pérez Barradas y Fuidio, que han puesto a contribución su inteligencia y voluntad para el estudio de la prehistoria toledana.

Y me váis a permitir que, a modo de paréntesis, intercale una

nota, que quiero dejar bien sentada, pues no carece de oportunidad en el año actual, en que celebramos el centenario del Rey Prudente. En el de 1574, en que comenzaron a redactarse las relaciones topográficas por iniciativa de Felipe II (el enemigo de la civilización, según sus detractores!), el célebre Ambrosio de Morales, según opina D. Fermín Caballero, o, según otros, Juan de Ovando, Presidente del Consejo de Hacienda, dictaron las instrucciones en que se prevenía, «que debía darse cuenta en aquéllas, si alguna persona hallase en los términos del pueblo algún tesoro de monedas, de qué metal y figura, o instrumentos de metal o barro y huesos de hombres agigantados o de estatura regular petrificados». Lo cual evidencia el interés que tales descubrimientos despertaron en nuestros antepasados, en una época en que no se sabía lo que era el hombre fósil.

Acrescenta el singular interés que deben inspirar estos estudios, la necesidad de utilizarles como arma de defensa, ya que la teoría evolutiva o transformista de Haeckel, los esgrime para ponerse en frente de la Revelación. Un temor pueril, revestido de un sello piadoso y a veces de ignorancia, aleja a muchos de aquellas investigaciones; no teniendo en cuenta que la Iglesia Católica no sólo consiente todo género de disquisiciones en esa materia, sino que las fomenta y aplaude, como lo demuestra la entusiasta colaboración que prestan a dichos trabajos insignes sacerdotes, desde el abate Bourgeois, a mediados del siglo último, hasta nuestros mismos días. Los esfuerzos que hace la impiedad para desmentir el relato sagrado no sirven más que para poner de manifiesto su mala fe. La ciencia no está, ni puede estar, en pugna con la Revelación, como lo acreditan innumerables obras escritas en nuestra edad por los genios más eximios de la ciencia. En corroboración de nuestra tesis, citaremos, entre otros hechos, aquellos que han sido objeto de más contienda, como el orden de aparición de los seres, antigüedad del hombre, el Diluvio y el estado social del hombre primitivo, en los que se evidencia la armonía de los progresos científicos con la narración de Moisés; del mismo modo que las tradiciones universales de los pueblos gentiles de la antigüedad, perpetuadas en sus libros sagrados, mitos, poemas, leyendas, etcétera, atestiguan la universal concordancia que existe acerca de las verdades consignadas en el Génesis.

Termino dirigiendo encarecido ruego a cuantos se hallen capacitados para el trabajo intelectual, sobre todo a los que ejercen

la honrosa misión de la enseñanza y más especialmente a los que comparten ese apostolado con el sagrado ministerio de la Iglesia, a cultivar los estudios prehistóricos, pues en ellos han de encontrar motivos más que suficientes para admirar las grandezas de la Creación y la infinita sabiduría de su Hacedor, a la vez que argumentos irrefutables contra la heterodoxia; pues, según la hermosa frase de Bacon de Verulam, «la poca ciencia mueve hacia el ateísmo, y la mucha conduce al hombre a Dios, a la Religión».

HE DICHO.
